

APUNTES DE VIAGES.--LA ABYSINIA.

(Conclusion.)



Ruinas de Axoum.

Al terminar la escalera nos hallamos al fin sobre el Devra-Damo, sobre una plataforma estéril cuya circunferencia es de unos mil quinientos metros. Apenas se ven allí cinco ó seis árboles achaparrados, que echan sus raíces en las hendiduras de la roca, y si no falta agua es solo porque la estación de las lluvias llena generosamente hermosas y vastas cisternas, horadadas con sumo cuidado, y á las que se baja por escalones abiertos en la piedra. Hacia el medio de la plataforma se eleva el convento, ó mas bien lo que se llama un convento, que es, mejor dicho, un pueblo. En vez de un claustro, de un edificio único en donde los religiosos viven en comun, figúrese una pequeña aldea como todas las de la Abysinia, en la que cada monge tiene su casa y vive á su manera. Solo tienen aquellas casas la diferencia de que no son redondas y están cubiertas de un techo cónico, sino cuadradas y de techumbre plana. La iglesia, despues de la de Axoum, pasa por la mas bella de la Abysinia, y en efecto, es un edificio rectangular de una arquitectura bastante notable. En el interior hay una galería que da vuelta á la iglesia, sostenida por columnas y ventanas enverjadas, lo cual permite á los monges asistir á los oficios sin ser vistos de los fieles ó de los curiosos á quienes abren las puertas del templo. El plano regular del edificio, lo acabado de la ejecución en todas sus partes, probarian suficientemente que la iglesia no es obra de los abysinios; además la tradicion confirma este testimonio del monumento, pues dice que la iglesia del Devra-Damo fué

Abril 18 de 1832.

construida por artistas estrangeros hacia la misma época que la iglesia de Axoum.

«Luego que recorrimos toda la plataforma, el superior del convento nos condujo á la casa que nos habia destinado. Era esta sencilla y desamueblada, sin adornos, pero alegre por su limpieza, y como hacia mucho tiempo no veíamos ninguna en la Abysinia. Pasó el día y asomaron en el cielo las primeras estrellas; nos sirvieron nuestra cena que se compuso de una gallina hecha menudos pedazos, condimentada con manteca y pimienta colorada; en seguida nos trajo un criado un grande cántaro de hidromel, que por cierto daba gusto el beber, y nuestro huésped entró luego á hacernos compañía hasta la hora de dormir. Entablóse la conversacion, y nosotros, aunque algo doloridos aun de los accidentes de nuestra ascension, preguntamos lo primero si hacia mucho tiempo que el Devra-Damo estaba inaccesible. El buen monge nos miró con ojos de asombro, y nos contestó que la montaña habia estado siempre como entonces. Conservábamos todavia algun rencor á la dureza de la piedra arenisca, y nos parecia difícil que la cuerda hubiese sido el camino primitivo, con tanta mas razon, cuanto que fué necesario colgarla, por lo cual insistimos sobre la necesidad de que el primer viajero debió descubrir alguna senda para subir solo hasta la plataforma.

Al llegar aquí nos detuvo nuestro huésped. Ese primer viajero, nos dijo, fué un piadoso solitario al cual quiso Dios manifestarse por un milagro. Aquel varon santo habia visto los vicios y las iniquidades de

los malvados, é indignado de tal espectáculo, tomó horror al mundo haciendo voto de acabar sus dias en el mas profundo aislamiento. Cierta dia que pasaba al pie del Devra-Damo, tuvo una revelacion y cayendo de rodillas, oró con toda su alma á fin de que Dios le hiciera la merced de poder llegar hasta la cumbre de aquella maravillosa montaña y de morir en la contemplacion del cielo infinito. Apenas terminada su oracion, sintióse un movimiento en toda la estension de la montaña; el santo varon dirigió á ella su vista y divisó una serpiente de especie desconocida que bajaba hacia donde él estaba y volvía á subir como invitándole á que la siguiese. Aquella serpiente no le causaba horror alguno, antes por el contrario se sentia atraído por la dulzura de las miradas del animal y por su graciosa flexibilidad. El futuro solitario reconoció la mano del Señor, se ató á la cola del reptil que se mantuvo como un cordero, y al instante el santo fué trasportado sobre la montaña, quedando asi separado para siempre del resto de los hombres.

«Quisimos persuadir á nuestro huésped de que la montaña debió haber cambiado de forma desde el tiempo en que estuvo habitada. Qué cosa mas sencilla en efecto, el pensar que existiera en otro tiempo un camino trazado sobre cualquiera pendiente, y que despues hubiese acaecido un derrumbamiento haciendo desaparecer la pendiente y el camino? Pero nuestra tan natural explicacion, destruía la leyenda del buen monge; nuestra incredulidad le entristecia y asi que lo notamos le hicimos

Album pintoresco. 3

Ayuntamiento de Madrid

creer de que no nos quedaba la menor duda de su relato. Ante aquel hombre tan escelente, de una sencillez, de una rectitud de corazon tan admirables, ¿qué nos costaba creer, ó aparentarlo así á lo menos, la fábula de la serpiente? Mas sensible nos hubiera sido herirle contradiciendo sus ingenuas creencias.»

Después de aquella visita al Devradamo, la mala estacion interrumpió las escursiones de MM. Ferret y Galinier. La Abysinia se halla regada todos los años por lluvias periódicas que engruesan los rios y ocasionan las crecidas del Nilo, indispensables á la vida del Egipto. Aquellas lluvias no se estienden mas allá del 46° de latitud. En el Tigré llueve rara vez durante el mes de mayo; en junio se ven aun algunos dias hermosos, pero en julio ya la lluvia cae con una regularidad sorprendentes. Sale el sol todas las mañanas, á eso de medio dia se amontonan las nubes y empieza á soplar el viento Este ó Sud-este; á las dos de la tarde retumba el trueno, inmediatamente después arrecia el viento y la lluvia cae á torrentes; poco antes de ponerse el sol aclara el cielo y las noches suelen con frecuencia ser hermosas. Esta regularidad no se observa ya en el mes de agosto, pues entonces llueve á cualquiera hora y á veces todo el dia, durando esto hasta fin de setiembre, época en que las lluvias cesan repentinamente. Durante aquella estacion, los caminos están intransitables y el paso de los rios ofrece insuperables dificultades, porque los abysinios ignoran el arte de construir puentes.

MM. Ferret y Galinier se detuvieron pues, en Intetchaou, donde permanecieron cuatro meses esperando el buen tiempo para empezar de nuevo sus operaciones.

APUNTES BIOGRÁFICOS.

EL ALCAIDE DE LOS DONCELES.

Don Diego Hernandez de Córdoba, primer marqués de Comares, señor de las villas de Lucena, Espejo y Chillon, alcaide de los Donceles, general de Oran y virey de Navarra, descendiendo por línea de varon de Alfonso de Córdoba, señor de Cañete, de Paterna y Luchas, progenitor de los marqueses de Priego. Un hijo de este Alfonso de Córdoba, llamado Alonso Hernandez de Córdoba, fué nombrado por el rey don Alonso de Castilla y Leon en el año de 1340, dias antes de la batalla del Salado, alcaide de los Donceles, dignidad ú cargo cuyo origen se ignora, como asimismo si fué don Alonso Hernandez de Córdoba el primero que le ejerció en este reino. Desde entonces ha recaído siempre en los Córdoba, por lo que es de presumir se instituyó para esta casa. En los muchos escritos que hemos consultado para investigar su origen, vemos la oscuridad en que ha venido envuelto aun desde tiempos muy remotos. Suponian algunos que los Donceles eran pages, que formando una bandera ó compania eran capitaneados por el alcaide, ó como si dijésemos capitan; opinaban otros, y en estos sentimientos abundamos, que los donceles eran continos ó gentiles-hombres, que si bien en su adolescencia habian sido pages, dejaban de serlo para servir en la guerra bajo el mando y enseñanza de un capitan experimentado, y tomaban el nombre de donceles

para establecer cierta distincion y no confundirse con la masa comun del ejército. Un escritor de nota y de mucha antigüedad, al referir el cerco de Algeciras, hace mencion del alcaide y de los donceles, que tomaron una parte muy activa en aquel sitio, y como si presumiese que el lector no habia de quedar satisfecho sin alguna explicacion acerca de este cuerpo de honor, dice á renglon seguido: «Este alcaide y estos donceles, eran homes que se habian criado desde muy pequeños en la cámara del rey, y en la su merced, y eran homes bien acostumbrados, é habian buenos corrazones é servian al rey de buen talante en lo que les él mandaba, é estos fueron comenzar la pelea con los moros, é eran fasta ciento de á caballo, que andaban á la guerra.»

Diego Hernandez de Córdoba, de quien hoy nos ocupamos, fué el quinto que ejerció este cargo, y floreció durante el reinado de Isabel y Fernando. Los hechos mas notables de su vida tienen principio en el de la conquista de Granada, y contribuyeron en gran manera á que el buen éxito coronase aquella memorable empresa.

Alentados los moros por la derrota que sufrieron nuestras armas en los montes de Málaga, salieron á tentar fortuna acaudillados por su mismo rey Boabdil y por su suegro Aliatar. Invadieron nuestro territorio asolando y quemando cuanto lessalia al encuentro, y esparciendo la voz de que su salida de Granada no era con otro objeto que el de talar los campos con sus correrías, á que eran sobremanera aficionados; pero el fin encubierto era caer de improviso sobre Lucena, ciudad que por ser de pertenencia del alcaide Diego Hernandez defendia el mismo en persona, muy ageno de sospechar los ocultos fines de los moros. La plaza estaba guarnecida por ochenta caballos y trescientos infantes, fuerza insignificante para resistir el ímpetu del numeroso ejército moro. Apenas Diego Hernandez se apercebíó del peligro que corría, pues Boabdil, favorecido de la noche y por una marcha acelerada, se hallaba ya á las puertas de Lucena, despachó correos á su tío el conde de Cabra para que viniese en su socorro, y entre tanto resistió vigorosamente el asalto que intentaron los moros. Presentóse por fin el conde con un pequeño ejército, y aprovechando un momento en que Boabdil habia permitido á sus tropas una correría en las tierras inmediatas á su campo, se introdujo en la ciudad. El ardoroso conde, apenas se avistó con su sobrino, le espuso los deseos con que venia de salir en busca del enemigo; y aunque Diego, si se quiere mas prudente aunque mas jóven, le objetase con fundadas razones que la desigualdad de fuerzas daba grandes ventajas al enemigo, cedió á los deseos del de Cabra, y emprendieron su marcha en busca de sus contrarios. Presentáronle la batalla; arremetieron los moros y fueron derrotados y puestos en fuga; siguióles de cerca nuestro ejército, hasta que llegando Boabdil á un arroyo que á la sazón venia muy crecido resolvió hacerle frente, y poniéndose á la cabeza de un escuadron de caballeria hizo prodigios de valor; pero rodeado de los nuestros se dió á prision á Diego Hernandez, que le trató con sumo respeto, tomándole por persona principal, pues el hallarse cubiertas de polvo sus ropas, como tambien su rostro, impidió el ser reconocido. Confió su guarda á cinco soldados, previniéndoles que le condujesen á Lucena, y el alcaide prosiguió el alcance de los moros, que fueron destrozados en todas

direcciones. Allí murió el bravo Aliatar y la flor de los caballeros granadinos. Pronto se divulgó la noticia de tan fausto acontecimiento; pero la alegría de los cristianos rayó en locura cuando algunas horas después de la batalla llegaron á descubrir la calidad del personage que la suerte de las armas habia puesto en sus manos. Apenas se daba crédito á los primeros rumores que se esparcieron por la ciudad. Preguntábanse unos á otros, y corrían á la morada de los caudillos vencedores, á fin de descubrir la verdad que pudieran tener tales noticias. Diego Hernandez, que se hallaba reposando en su cámara, asomóse á un balcon y dijo al pueblo en alta voz, que el moro prisionero era Boabdil, rey de Granada. Y entonces resonaron al viento mil voces de alegría, y se entregaron todos al regocijo, dando vivas á los dos bizarros caballeros.

Los reyes, queriendo honrarles cual cumplia, dispusieron un ceremonial para recibirles en la corte. Tuvo el conde el honor de ser admitido el primero; al dia siguiente lo fué su sobrino. Salieron á recibir el gran cardenal don Pedro de Mendoza, obispo de Toledo, y el duque de Villahermosa, y agarrándole de las manos fueron así llevándole en medio de los dos hasta la presencia de los soberanos, que se hallaban en otro salon. Levantáronse estos apenas divisaron al alcaide de los Donceles y le abrazaron benigneamente, y le mandaron sentar en su presencia. Sonó entonces una música alegre y suave, y se dió principio á una danza en que tomaron parte muchos caballeros de la corte y la infanta doña Isabel.

Al dia siguiente, habiendo sido convidados á cenar con los reyes, concurrió toda la grandeza vestida con gran lujo, y después de bailar algunas contradanzas, cenaron á la vista de todos los presentes, sirviendo el marqués de Villena á la familia real, y dos caballeros principales al conde de Cabra y al alcaide de los Donceles. Y para que fuese eterna la memoria de aquel hecho, mandaron los soberanos que el conde añadiese á su escudo la cabeza de un rey coronado, y alrededor por orla nueve banderas, en memoria de igual número que se ganaron á los moros. La misma gracia alcanzó al alcaide de los Donceles, y ademas se le honró con la alta distincion de que pudieran anteponer á sus nombres el titulo de Don (4). Llamóse en adelante don Diego Hernandez de Córdoba, y se creyó pródigamente recompensado con este distintivo, otorgado solo por los soberanos en premio de muchos y señalados servicios, y como si dijésemos por complemento de la real munificencia. Don Diego se creyó desde aquel dia elevado á una esfera á la que no habia soñado poder llegar en todos los dias de su vida; así es que esta recompensa enardeció mas su espíritu guerrero y le alentó en su gloriosa carrera. Viósele en el sitio de Málaga, en la

(4) Hemos tenido el gusto de leer el que se espidió al alcaide de los Donceles. Dice así: «Don Fernando y doña Isabel, etc. Por hacer bien y merced á vos, Diego Hernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles, del nuestro consejo: acatando los muchos é leales é buenos servicios que nos habeis fecho y faceis de cada dia, especialmente en la prision del rey de Granada, que vos y el conde de Cabra feicisteis, y por vos mas honrar é sublimar é porque de vos é de vuestros servicios quede memoria é permanezca en vos y en vuestro linage para siempre jamás, tenemos por bien é es nuestra merced que agora, é de aqui adelante, vos é vuestros hijos é descendientes, é los que de vos é de ellos vinieren para siempre jamás tengades titulo de Don, y vos podades llamar é titular así, etc.»

batalla de las Huertas delante de Baza y en el sitio de esta ciudad siempre el primero en arrostrar los peligros. En un encuentro que tuvo con los moros durante el sitio, se abrió paso con los donceles por un escuadrón de enemigos, y llegándose á uno que llevaba la bandera le derribó de un golpe, le arrancó el estandarte y puso á todos en completa huida. Estos rasgos de valor le acreditaban mas y mas entre los españoles y aumentaban el terror que se apoderaba de los moros al escuchar su nombre. Honrábale Fernando con distinciones, conversaba con él y tomaba muy en cuenta sus consejos en materias de paz y aun mas principalmente en las de guerra, en las que su voto era casi siempre respetado. Si el espíritu guerrero dominaba en todas las cabezas, en aquella felicísima y gloriosa época, ¿qué mucho que el valeroso don Diego, heredero de un nombre ilustre y educado en los campamentos, se dejase arrebatar del entusiasmo bélico? Hallabase un día en la cámara del rey, departiendo amigablemente sobre la guerra, y como le objetase el monarca en dos ocasiones; señor, le dijo, consejeros tiene V. M. que acertarán el modo de llevar adelante la guerra: cuando esto se haya deliberado plenamente, mi espada sabrá obedecer á V. M., si ya no acierta mi discurso con los medios que mas importan al bienestar y engrandecimiento de esta monarquía. Esperad, le dijo el rey sonriéndose; estraña condicion es la tuya: creo que serias capaz de hacermela guerra si un día llegamos á dar fin de nuestros enemigos. Señor, repuso don Diego doblando una rodilla, pues veo la sonrisa en los labios de V. M., escuso el esponder las razones que pudieran asistirme para destruir esa idea, que solo en tono de chanza pudo ocurrírsele á V. M. No tardó la suerte en proporcionar á nuestro campeón, una empresa en que poder añadir laureles al escudo de sus armas. Tratábase de alzar una armada contra Berberia, y á este intento se dispuso que gran número de los soldados españoles que estaban en Nápoles, regresasen á España sin pérdida de tiempo, y asi se verificó con sumo contento de don Diego, si bien le aquejaba una amarga duda, pues temíase con harto fundamento, que otro capitán llevaria el cargo de aquella empresa. El conde de Tendilla, de gran valimiento con el monarca, propuso á éste que si le consignaba cuarenta cuentos de maravedises le ofrecia dar en breve tiempo conquistada Oran y su puerto de Mazalquivir, y que si de dicha suma sobrara algo, se volviese á las arcas reales, y si no alcanzase lo supliria él de su casa. No disgustó al rey el asiento del marqués y se llevaba adelante con calor, cuando la muerte de la reina vino á paralizarlo, y aun á desbaratarlo, sin que se volviese á tomar en cuenta, mas no por eso se desistia de la empresa que se agitaba por varios intereses, no siendo el que menos contribuia á inclinar la balanza, el no dejar ociosos á los soldados venidos de Nápoles, pues habituados á la vida de las campañas, iban abandonando sus banderas para trasladarse allá donde tremolaban al estampido de los cañones y al estrépito de las armas. Armáronse seis galeras, gran número de carabelas y otros bageles que llevaron hasta cinco mil hombres: don Diego fué nombrado general de la empresa con gran aplauso de los soldados. El día 29 de agosto de 1505, se hizo á la vela de la playa de Málaga, pero por llevar tiempo contrario, fué

forzoso tocar en el puerto de Almería, de donde no pudieron salir hasta el 14 de setiembre que alzadas las velas surgieron en el puerto de Mazalquivir. El día era tempestuoso, malo el desembarcadero y aun mucho peor lo hacian cerca de cuatro mil peones que acudieron con gran denuedo á estorbar el desembarque; pero la mayor dificultad era el poner la armada debajo de un baluarte con muchos torreones coronados de artillería que habia en la punta del puerto. El peligro era grande, pero era mayor el ardimiento y prudencia del general español, que arrojándolo con ánimo sereno, condujo la armada sin pérdida alguna debajo del baluarte, y ordenó seguidamente saltar en tierra, hecho lo cual ordenó la pelea que le presentaban los moros, y los hizo retirar á Oran, dejando gran número de muertos y heridos. Quedaban cuatrocientos en la fortaleza, pero ordenado el asalto se dieron á partido, y pronto tremolaron en sus torreones las banderas de España. El mismo día cargaron los moros en gran número, pues avisados los de Oran y de otros puntos se iban acercando por la sierra. No se desanimaron los nuestros, antes queriendo el general mostrar á los moros el ningun aprecio que hacia de su muchedumbre, sacó á los cristianos al campo, y ordenando la hueste presentó la batalla, que no aceptaron los enemigos, contentándose con provocar algunas escaramuzas, de todas las que salieron mal parados. Despues de esta jornada le dió el rey la tenencia de aquella fortaleza, con cargo de capitán general de la conquista de Berberia.

Dos años despues salió don Diego á recorrer el campo enemigo, y en esta jornada por primera vez en su vida le fué contraria la suerte de las armas. Infructuosas han sido cuantas investigaciones hemos hecho para saber la que cupo á este personaje despues de aquel desgraciado suceso, pues las crónicas guardan el mas profundo silencio, y en los documentos originales que hemos consultado, ni una sola vez se hace mencion del valeroso alcaide de los Donceles, honra y prez de los caballeros españoles.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

PROVERBIO EN TRES PARTES

POR M. EUGENIO SCRIBE.

PERSONAGES

MR. DESGRAVILLIERS, gran propietario, antiguo par de Francia, (50 años.)
HORTENSIA, su muger, (25 años.)
CAMILA DE SOLANGES, su pupila, (18 años.)
ENRIQUE MELVAL, joven abogado.
EL VIZCONDE EDUARDO DE COMNÉNES, su amigo.
VETWER, perfumista.
ZACARIAS, mercader de caballos.
ROUGET, colono.
ESTEBAN, criado de Desgravilliers.
Cuatro amigos de la casa.

La escena pasa en una gran capital de provincia.

Ayuntamiento de Madrid

PRIMERA PARTE.

ESCENA I.

(Rico y elegante aposento de Enrique Melval.)

ENRIQUE *que está de pie al lado de la ventana, levanta la cortina de muselina y mira con emocion hácia afuera.*

De la casa de enfrente sale un magnífico carruaje, seguido de algunos criados con caballos de mano. Sin duda van á dar un paseo esas señoras. ¡Ah! ¡qué divina está así Camila! ¡con cuánta gracia dibuja esa amazona su airoso talle!... ¡Es posible concebir mas elegancia, juventud y hermosura! y sin embargo, ese trage la dá mas que nunca ese no sé qué de presuntuoso y de altanero que aborrezco... y adoro á la vez! Su carretela ha pasado rápidamente por debajo de mis ventanas, y ni aun se ha dignado levantar los ojos hácia aquí... ¿qué mas? ¡Quizá ignora que estoy en este sitio horas enteras sin mas objeto que el de esperarla, contemplarla y admirarla!... (Con despecho.) ¡Bien empleado me está! ¡Tomar con mil docientas libras de renta, una habitacion de mil escudos por solo disfrutar del goce de vivir frente por frente de ella, es cosa que únicamente se me ocurre á mí!... Pero, vamos á cuentas, ¿es ni siquiera aparentemente racional malbaratar mi fortuna por el placer de verla, cuando no consigo obtener una sola mirada... (Paseándose con agitacion.) Tanta locura me avergüenza... estoy decidido... ¡renuncio! ¡ya no la volveré á ver mas! (Se para y reflexiona un rato.) El hecho es que ha salido de la ciudad con el fin de dar un paseo á caballo por el bosque, de consiguiente, lo que yo deberia hacer seria seguirla... (Con cólera.) ¡Pero si no tengo caballo... ni criado... ni groom! Y eso de ir á poner á las plantas de esa beldad desdenosa un amor pedestre, no ha entrado jamás en mis principios... ¡De ningun modo! Quiere decir que la amaré como nadie ha amado nunca, que me arruinaré, que me suicidaré por ella, pero todo en secreto... eso es... de incógnito, sin que advierta nada, sin que los horribles estragos de la cápsula que me envíe al otro barrio, turben un solo instante sus ensueños de placer y de alegría!

ESCENA II.

ENRIQUE, y el VIZCONDE EDUARDO DE COMNÉNES.

ENRIQUE.

El señor vizconde en mi casa... á semejantes horas...

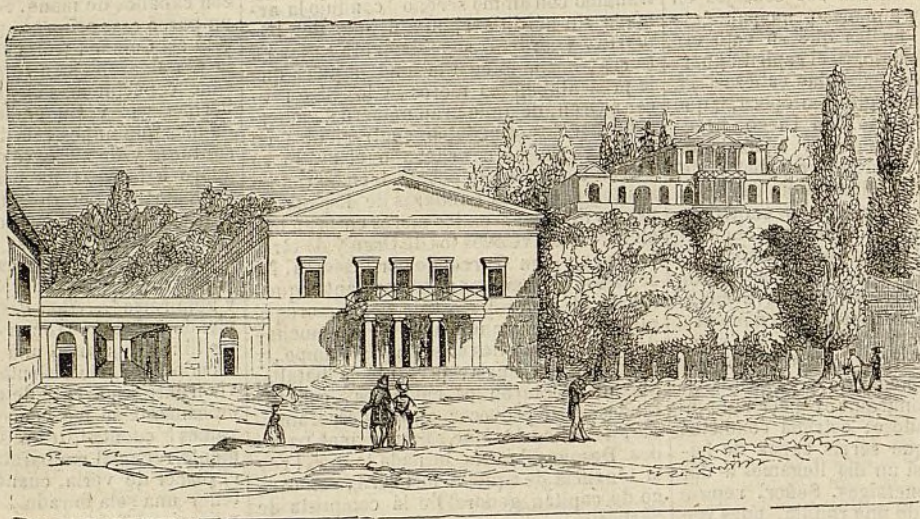
EL VIZCONDE.

Entre jóvenes, ¿por qué no?... Desde el primer instante en que os vi, sentí hácia vos una afeccion particular, afeccion que no ha hecho otra cosa que ir en aumento en los quince dias que hace que vine á pasar la época de la caza en casa de mi amigo Desgravilliers... (Mudando de conversacion.) ¿Teneis cigarros, querido?

ENRIQUE.

Estos son los últimos.
(Segue á la página 22.)

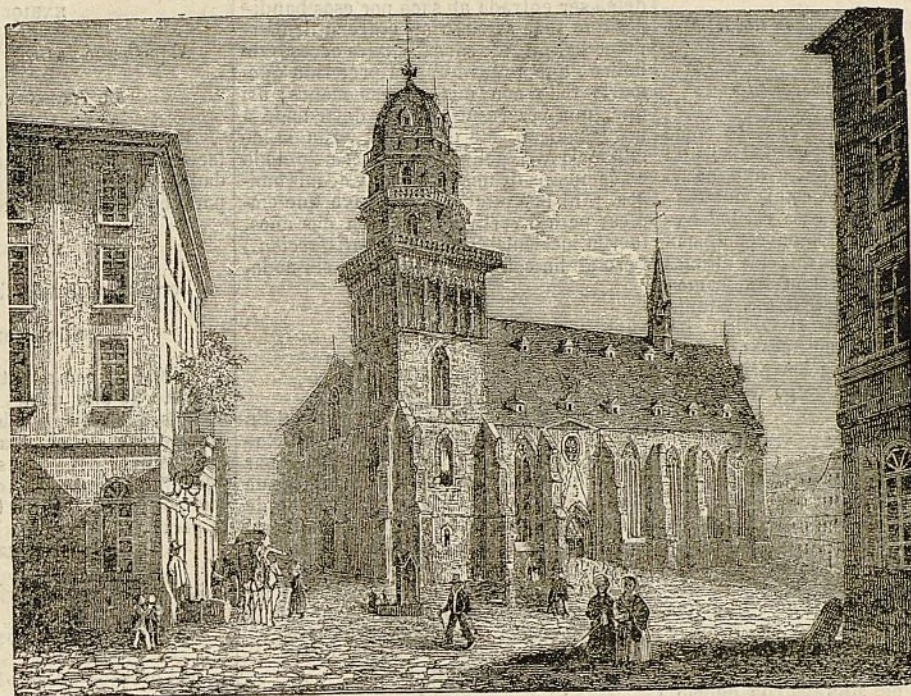
GEOGRAFÍA PINTORESCA.--ALEMANIA.



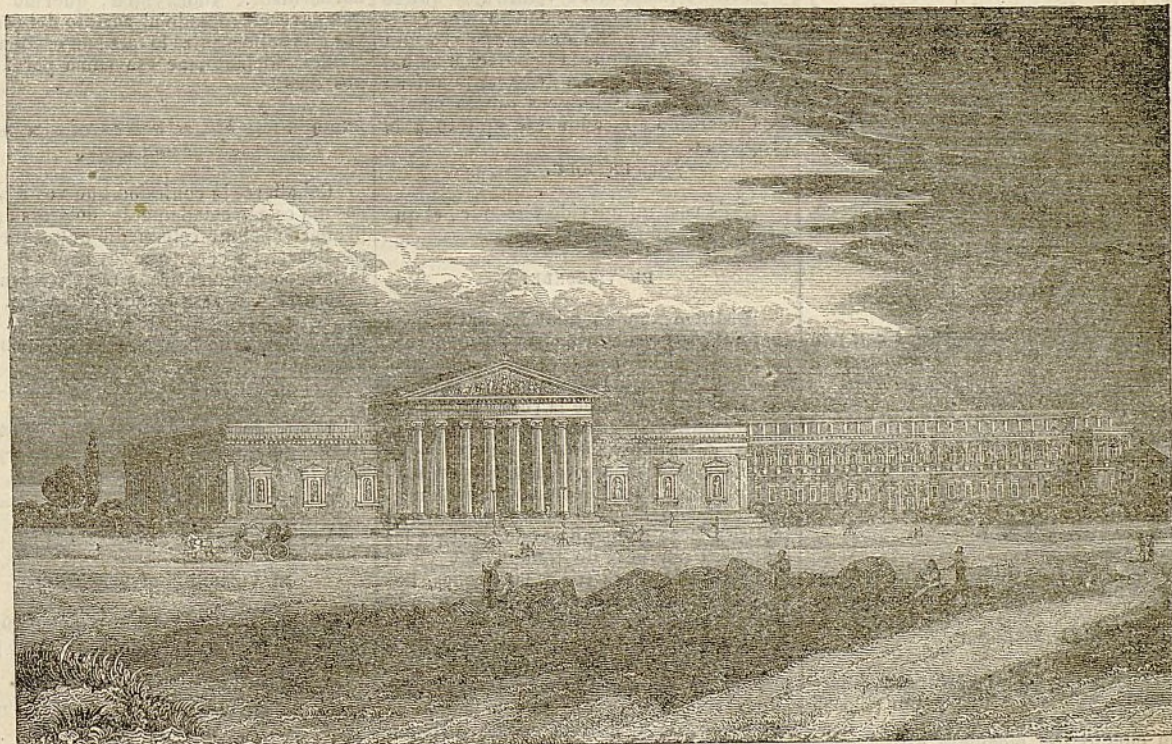
Vista exterior del establecimiento de baños de Wiesbaden.



Vista de la célebre ciudad de Francfort en Alemania.



Vista exterior de la iglesia de San Martin en la ciudad de Cassel.



Vista de Gliptoteca en Munich, capital del reino de Baviera.

Ayuntamiento de Madrid

EL VIZCONDE, *sentándose y empezando á fumar.*

Ya veis que procedo sin cumplido... Para daros una prueba mas de ello, vengo á pedir os un favor.

ENRIQUE, *sentándose á su lado.*

¡A mí!

EL VIZCONDE.

¿No os he dicho ya que os trato como de amigo á amigo? A decir verdad sois un joven amable y encantador, y aunque no tengais oficio ni beneficio, estais muy distante de ser orgulloso, cosa verdaderamente estraña bajo el régimen republicano, en el que, es sabido, que los últimos se creen siempre de derecho los primeros. Ademas, sois muy instruido... y tanto es esto verdad que sabeis el Código, las Pandectas, y otra porcion de cosas de lujo, que nosotros los hijos de las principales casas no hemos tenido tiempo de aprender jamás.

ENRIQUE.

Como que pensaba dedicarme al foro.

EL VIZCONDE.

¡Pues! me alegro... precisamente es una consulta la que pienso haceros. Para esto, escuchad mi historia que es de las mas deplorables. Yo tuve un tío, hombre honradísimo, descendiente en linea recta de los Comnènos, de quien yo era único heredero, y que me adoraba con delirio.

ENRIQUE.

Hasta ahora no veo nada triste ni desconsolador.

EL VIZCONDE.

Cachaza, amigo, cachaza. El buen señor era ademas inmensamente rico.... y me hablaba diariamente, atendidos sus setenta y cinco años, de que pensaba dejarme toda su fortuna, en la que, el cielo es testigo, que nunca pensé jamás.... Yo le decia por el contrario: ¡vivid, carísimo tío, vivid!.... Ya se ve, como que su mesa era la mia, sus caballos los míos, su dinero el que saldaba anualmente mis deudas... Ya veis que no existia maldita la necesidad de que cerrara el ojo. Sin embargo, yo no se por qué motivo le dió el capricho de tomar las de Villadiego.

ENRIQUE.

Por aquello de que los duelos con pan son menos, creo que solo lo sentiriais á medias.

EL VIZCONDE.

¡Quiá!... nada de eso... lo sentí atrocemente. ¡Como que le entró la ventolera de marcharse en 1848!

ENRIQUE.

Nunca mejor... nunca pudo escoger momento mas oportuno para largarse.

EL VIZCONDE.

Para largarse... si... pero para dejarme una fortuna tan sólida y tan colosal, compuesta de castillos, haciendas y rentas sin cuento, el momento estuvo muy mal elegido. Precisamente era la época en

que empezaban á hacer furor las doctrinas de los respetables señores Cabet y Proudhon, iniciando un sistema delicioso acogido al parecer con entusiasmo por la Francia de Luis XIV y de Napoleon, y la sola idea de que la herencia de mis padres debia ser entrada al saco por esos bandidos que se la repartirian entre sí llamándose ladrones, me causaba tales accesos de fiebre, que antes hubiera preferido quemarlo todo con mis propias manos; así que, una vez resuelto á no dejar nada á mis enemigos, me di prisa, vista la inminencia del peligro, á comérmelo todo en compañía de mis amigos... y de mis amigas. ¡Ah! Los esfuerzos que tuve que emplear para divertirme tanto en dos años, fueron incalculables... (Con satisfaccion.) Pero al fin conseguí quedarme sin nada.

ENRIQUE.

¡Es posible!

EL VIZCONDE.

Sí, carísimo amigo... ¡y tan posible! En la actualidad nada temo. Estoy completamente al abrigo de los comunistas, por haber tenido la precaucion de hacer lo que los navegantes, cuando en el momento de una tempestad arrojan sus riquezas al mar... Pero hoy que, gracias al cielo, han vuelto á estar á punto de volver los buenos tiempos, ha surgido otro inconveniente en sentido contrario. El navio está á punto de zozobrar por falta de lastre.

ENRIQUE.

¿Y es eso lo que os trae desasosegado?

EL VIZCONDE.

¡Pues no faltaba mas!... yo veo las cosas de un modo mas filosófico, así que, desde que no tengo mas que el día y la noche, la propiedad se ofrece á mi vista bajo otro aspecto. Hace veinte años que se están filminando cargos contra Mr. Scribe, por haber dicho que *el oro era una quimera* (sistema que la liquidacion actual de los napoleones acaba de hacer triunfar); bien es cierto que hubiera estado mucho mas acertado aplicando ese epíteto á la propiedad.

ENRIQUE.

¿Sois vos, mi querido vizconde, el que os espresais en esos términos?

EL VIZCONDE.

¡Distingo, amigo mío! No vayamos á confundir al propietario con el usufructuario, que son dos cosas enteramente distintas. El uno solo tiene un título vano, al paso que el otro posee la realidad. Ejemplo: mi amigo Desgravilliers, antiguo banquero, diputado y par de Francia; aspirante en este momento á la representacion nacional, y millonario por añadidura, está abonado á palco en los principales teatros, pero como no puede asistir á las funciones por falta de tiempo, soy yo el que hago sus veces todas las noches. Por aqui se ve que él es el propietario, y el usufructuario soy yo. Sin ir mas lejos, poseo á los alrededores de esta ciudad, á donde le traen las elecciones y á mí la caza, seis leguas cuando menos de bosque, una jauria soberbia, y un palacio digno de príncipes, de lo que no puede disfrutar por falta de tiempo, al paso que yo me trato con todo á cuerpo de rey. Y ya veis,

nadie dirá que no es el propietario, y que no soy yo un mero usufructuario. Por último, tiene una muger encantadora, una muger á la moda, joven, coqueta, espiritual, de la que no se ocupa por falta de tiempo.

ENRIQUE.

Al paso que vos... ¡ya lo sé!

EL VIZCONDE, *riendo.*

Pues... y sin embargo, él es el propietario... Ved ahora, como es una gran verdad, que la propiedad es un sueño... una paradoja sobre la que es locura disputar...

ENRIQUE.

Por manera que en la actualidad sois...

EL VIZCONDE.

Socialista con guantes amarillos... que disfruto de una parte los bienes de mis amigos, sin echarlos ellos de ver, aunque únicamente de aquella de que no usan. Pero lo peor del caso es que se ha dejado ver últimamente un tercero, un intruso que por lo visto desea tambien llamarse á la parte.

ENRIQUE.

¿Y quién es ese?

EL VIZCONDE.

¡El estado! ¡el fisco!... ¡Ah! estoy indignado; al demonio se le ocurre reclamar derechos de sucesion... por una herencia que fué pero que no es.... que me ha proporcionado muy buenos ratos, eso sí, pero que ya es bastante difícil que me proporcione uno solo... Y si fuera una friolera, pase; mas venir con una desfachatez sin igual pidiéndome veinte ó treinta mil francos cuando menos, es una barbaridad... Ahora bien, querido. Vos que pareceis afiliado al partido del orden, vos que sabeis quizá lo que son economías: ¿podeis adelantarme esa suma por algunos días?

ENRIQUE *tiembla, se acerca al vizconde y le coge una mano.*

Caballero, la confesion que voy á haceros me es estremadamente dolorosa, pero prefiero apelar á este medio antes que daros derecho á creer que soy capaz de contestar con una mentira, ó negativa innoble á vuestra generosa franqueza!... ¡Sí, vizconde; cuando entrásteis en mi casa, andaba ideando un medio para quitarme la vida!

EL VIZCONDE.

¿Qué decís, insensato?... (Riendo.) ¿Acaso no teneis amigos? ¿No estoy yo aqui?

ENRIQUE, *admirado.*

Vos caballero...

EL VIZCONDE, *alegremente.*

¿Y por qué no? Quiere decir que en lugar de buscar para uno, buscaré para dos.

ENRIQUE, *estrechándole la mano con reconocimiento.*

Gracias, amigo, gracias.... (Sonriendo)

tristemente.) Pero el caso es que mi estado financiero no puede ser mas lamentable....

EL VIZCONDE, *con admiracion.*

¿De veras? (*Riendo.*) ¿Con que os habeis conducido como un gobierno provisional?

ENRIQUE.

Casi, casi. ¿Deseais saber mi vida? pues os la diré en dos palabras. Nací lejos de aqui, y mi padre que era un honrado y hábil médico de provincia, me dejó al morir treinta mil francos...

EL VIZCONDE, *con ingenuidad.*

¿De renta?

ENRIQUE.

Nada de eso... de capital.

EL VIZCONDE, *apretándole la mano con interés y compasion.*

¡Pobre muchacho!

ENRIQUE.

Sin embargo, como ademas de eso habia recibido una educacion brillante, contaba con mas de lo que se necesita en nuestros dias para alcanzarlo todo. Convencido de ello, vine con mi título de letrado, á esta gran ciudad de provincia, que es casi una corte, para ejercer mi profesion, darme á conocer, conquistarme un nombre...

EL VIZCONDE.

Formar una fortuna... conseguir una diputacion atrapar un ministerio.... ¡pues! como todos.

ENRIQUE.

Callad.... callad... no me recordeis sueños dorados que jamás llegaré á disfrutar. Al llegar aqui, vi una jóven.... que á la gracia, al talento y á la hermosura, reunia un gran nombre, una alta posicion, y una fortuna inmensa; en una palabra, no la faltaba nada de lo que habia menester para labrar mi desgracia. Asi que... os lo juro... jamás se grabó en mi mente el pensamiento de hacerme amar de ella, si no que solo tenia presente una idea, ante la cual todas las otras se borraban... una idea fija que ocupaba todos los instantes de mi vida... la de verla... Pero para conseguirlo era preciso tener entrada en la alta aristocrática sociedad, que estaba muy distante de ser la mia, y para que no hubiera inconveniente en que me admitieran, para no representar en ella un papel desairado, era absolutamente necesario aceptar ciertos hábitos y maneras, y sobre todo, gastar sumas cuantiosas que no podian proporcionarme mi modesta herencia. Sabiendo que acudia con frecuencia á bailes y conciertos, me hice vestir por el sastre mas elegante de la ciudad... Sabiendo que iba al bosque compré dos caballos y admití un jokei á mi servicio... ¿qué mas?... sabiendo demasiado bien que nunca se dignaria fijar su vista en un cualquiera, no reparé en desembolsos, me di un trato digno de un gran señor, traje la vida mas desarreglada del mundo. Demas está decir que disipé en cuatro dias todos mis bienes, pero lo mas doloroso es que no solo

me arruiné, si no que con treinta mil francos de capital, llegué á adquirir cien mil de deudas. Los que de todo me proveian no querian nunca dinero, y venian á ofrecerme voluntariamente un crédito que si bien rehusé en un principio, acepté al fin por debilidad... por locura... por amor. Esta es, caballero, mi situacion.

EL VIZCONDE.

Que está muy lejos de ser tan desesperada como creéis, y de la que yo os sacaré ó el diablo me lleva.

ENRIQUE, *con alegria.*

¿Lo creéis asi?

EL VIZCONDE.

Si por cierto... Yo tengo sobre vos una gran ventaja que es un nombre... un título. Esto que siempre significa algo, vale mucho mas bajo el régimen republicano, en el que solo existe la igualdad en los monumentos públicos, y en el que nadie quiere ser igual á su vecino. Ahí está, en prueba de lo que digo, la cruz de la legion de honor... que todos beben los vientos por coger... y que ha reemplazado al derecho, al trabajo... ¡Pues bien! juzgad ahora lo que sucederia con una corona de conde ó con un blason ducal... Seguro estoy de que no se encuentra una sola familia opulenta perteneciente á la clase media, que resista al atractivo de un escudo de armas, de donde se deduce que me casaré cuando me dé la gana con la jóven mas opulenta del departamento.

ENRIQUE.

¿De veras?

EL VIZCONDE.

Aunque fuese con vuestra encantadora vecina, cuyo palacio cae enfrente de vuestras ventanas... con la señorita Camila de Solanges.

ENRIQUE, *aparte con terror.*

¡Cielos!!!

EL VIZCONDE.

Esa no solo es lindisima, sino sumamente rica, y pupila ademas de mi amigo Desgravilliers. Por otra parte, bastaria á decidirme el saber que os hago un gran servicio.

ENRIQUE, *procurando dominarse.*

¡A mi!...

EL VIZCONDE.

Como yo sabia por instinto que era asi, no quise perder el tiempo, y ayer noche sin ir mas lejos la declaré mi atrevido pensamiento al bailar con ella una polka.... (*Observando á Enrique que palidece y vacila.*) ¿Qué es eso?.... ¿Qué teneis?.... (*Sosteniéndole.*) ¿Os habeis puesto malo?

ENRIQUE, *con viveza.*

¿Yo?...

EL VIZCONDE, *mirándole con la sonrisa en los labios.*

¿Quién ha de ser sino vos? Pero ¿dónde tenia yo los ojos hace un instante?

¿Será por casualidad la misma que vos amais?

ENRIQUE, *con desesperacion.*

Si... lo confieso... (*Temblando como un azogado, y estrechando sus manos entre las suyas.*) Pero con condicion de que este secreto ha de permanecer eternamente entre nosotros...

EL VIZCONDE.

Nada temais. Soy la discrecion misma con relacion á las queridas de otros... Ojalá pudiera decir lo mismo de las mias... Pero no hay mas que hablar... renunció generosamente.

ENRIQUE, *dando un grito de alegria.*

¿Será posible?

EL VIZCONDE, *estrechándole una mano con aire afectuoso.*

¿Con que tanto la amais?

ENRIQUE.

¿Y de qué me sirve? Vuestra generosa abnegacion ningun resultado puede dar en favor de un hombre perseguido por una desgracia como la mia.

EL VIZCONDE.

Hablemos con calma. ¿Sereis capaz de negar que existen desgracias, que vistas bajo cierto punto de vista, pueden reportar alguna utilidad? No lo creo de vuestro buen criterio. *No hay mal que por bien no venga*, dice un antiguo proverbio, y por lo que á mi hace estoy persuadido de que hay desgracias felices...

ENRIQUE.

¿Y qué encontráis de feliz en la mia?

EL VIZCONDE.

En primer lugar que os proporciona un amigo.

ENRIQUE, *abrazándole.*

¡Ah! ¡Decís bien! (*Se oye llamar á la puerta del fondo.*) ¡Cielos!

EL VIZCONDE.

¡Habeis palidecido!... ¿Qué teneis?

ENRIQUE, *moviendo la cabeza.*

Si el que llama es quien creo, dudo, en despecho de vuestro optimismo, que esa fatal visita pueda producirme ningun resultado feliz.

EL VIZCONDE.

¡Quién sabe! (*Redoblan los golpes.*)

ENRIQUE.

Perdonad la libertad que me tomo, señor vizconde, pero desearia que por la amistad misma con que me honrais, me dejarais completamente solo.

EL VIZCONDE, *admirado.*

¿Y por qué?

ENRIQUE.

Porque siendo quizás algunos de mis acreedores los que con tal furia están llamando á esa puerta, desearía evitaros escenas desagradables.

EL VIZCONDE, *riendo á mas y mejor.*

¡Pues bien!... Quiere decir que siendo nosotros dos, nos será mucho mas fácil obligar á dar el doble salto mortal por esa ventana á....

ENRIQUE.

De ningún modo, vizconde. En los tiempos que alcanzamos no está permitido arrojar á los acreedores por la ventana, sino que solo hay un medio de quitárselos de delante....

EL VIZCONDE.

¿Cuál?

ENRIQUE.

El de pagarlos... y ni vos ni yo podemos á lo que creo....

EL VIZCONDE.

Apelar á ese recurso extremo y absurdo. ¡Es verdad!

ENRIQUE.

Con que, adios....

EL VIZCONDE.

Adios, que pronto nos volveremos á ver.... (*Sale por la puerta de la derecha.*)
(*Se continuará.*)

—Los réditos de la deuda inglesa, la cual puede ser considerada categóricamente como un legado militar á la nación, ascienden anualmente á 28.000.000 de libras esterlinas, (una libra esterlina, seis pesos), de manera que para cada habitante, hombre, muger ó niño, viene á resultar en el reino unido de la Gran Bretaña é Irlanda, una libra esterlina próximamente. La siguiente copia de datos estadísticos procedentes de la pluma del célebre Sidney Smith, presentan en bosquejo el cuadro de los gastos é impuestos debidos, principalmente al mencionado legado.

Impuestos por todos los artículos de primera necesidad, incluyendo el vestido y calzado; contribucion por todo lo que sea agradable para ver, oír, tocar, oler y gustar; contribucion por la morada, luz y cambio de domicilio; contribucion por cuanto hay sobre la tierra, hasta por el agua en las entrañas de la misma; contribuciones por cuanto sea de procedencia extranjera, como por cuanto se haya recogido en los campos del pais mismo; contribuciones por las materias en rama, como del precio que resulta en su favor por la elaboracion ó industria manufacturera de las mismas; contribucion por toda clase de bebidas preparadas, y que por lo regular solo sirven para el menoscabo de la salud, como así mismo contribucion por las medicinas que han de restablecerla; contribucion por la armelina con que se viste el juez para presentarse en el tribunal como por el dogal que ha de poner fin á la existencia del criminal sentenciado; contribucion por la sal y las especias; por los clavos dora-

dos y adornos de las cajas de difuntos, lo mismo como por el brazaete que ha de engalanar la novia; por las camas, mesas; por levantarse y acostarse hay que pagar su correspondiente contribucion. El muchacho de escuela se entretiene con sus juguetes; el jóven barbilampino monta en su jamelgo, se sirve de los correspondientes arneses, y cabalga por calles y caminos, todo á fuerza de contribuciones; el moribundo inglés vierte su medicina que le cuesta un 7 por 400 de contribucion, en una cuchara que tambien se halla cargada con un impuesto de un 45 por 400; se encuentra recostado en una cama, por la cual contribuye con un 22 por 400; luego si hace el testamento necesita al efecto un pliego de papel sellado que le cuesta ocho libras esterlinas, para en seguida exhalar su último aliento en brazos del médico, que por el privilegio de poder asistir á los enfermos ha tenido que pagar 400 libras esterlinas. Despues de la muerte del inglés, se cargan todos los bienes dejados con un 2 á 40 por 400 en favor del Estado, con la circunstancia que antes de darle el descanso en la madre tierra, todavía tiene que pagar una porcion de tributos ademas del ya indicado por el documento que encierra sus últimas disposiciones; en fin, sus virtudes son trasmitidas en una lápida que tambien paga su correspondiente impuesto, y solo con haber entrado en la mansion de la paz eterna se ve por fin libre de tantas exhibiciones.

BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

UN PERIODICO GRATIS.

Todos los suscritores de esta empresa, ya sea á las obras ó ya en el concepto de capitalistas, reciben gratis y franco el porte un ejemplar de cada número del *Album pintoresco* que se publica todos los domingos desde 4 de abril, y consta de veinte y cuatro columnas de impresion en igual forma que el presente, papel superior satinado, y grabados de distintas clases. El derecho para recibir el *Album*, se adquiere desde el mismo dia en que empieza á contarse la suscripcion de la BIBLIOTECA.

A LOS SUSCRITORES DE OBRAS.

1.^a SECCION. Segun lo ofrecido en los prospectos, el dia 6 se repartió la primera entrega de la *Historia de Cien años* por César Cantú, traducida directamente del italiano con notas y un prólogo, por don Salvador Costanzo, y el dia 15 la 2.^a Está en prensa la entrega 3.^a que se repartirá el dia 20. Cada entrega consta de 40 páginas en 4.^o mayor y en dos columnas, edicion muy esmerada con caracteres nuevos. Las entregas se dan encuadernadas con una cubierta.

2.^a SECCION. Se han repartido las entregas 1.^a y 2.^a del *Diccionario Universal Francés-Español* y vice-versa, por Dominguez; y está en prensa la 3.^a para repartirse el dia 22. Cada entrega consta de 64 columnas de impresion en 4.^o, edicion muy compacta con caracteres nuevos. Las entregas se dan con su correspondiente cubierta.

3.^a SECCION. Las entregas 1.^a y 2.^a de la *Casa Blanca*, novela por Paul de Kock, se repartieron el dia 10 y 17 del corriente, y está en prensa la 3.^a que se repartirá el 24. Cada entrega consta de 64 columnas de impresion en 4.^o mayor con grabados.

AVISO IMPORTANTE.

Cediendo á las repetidas instancias que se nos han hecho por todos los corresponsales, se prorroga el plazo para admitir suscripciones con

opcion al regalo, hasta el 30 de abril, advirtiendo que por ningún pretexto se alargará este plazo ni un solo dia mas. El regalo consiste, como ya se anunció, en un ejemplar encuadernado á la rústica del compendio del *Diccionario Nacional de la lengua española*, por Dominguez, obra que nadie puede dar porque somos nosotros los únicos propietarios de la que le sirve de matriz, útil para todo el mundo y cuyo volumen no bajará de 1,200 á 1,600 columnas de impresion muy compacta, en buen papel y caracteres nuevos. Para tener derecho al regalo es preciso adelantar el importe de 40 entregas á lo menos.

VIAGE PINTORESCO

EN LAS

CINCO PARTES DEL MUNDO.

Está en prensa el prospecto de esta interesante obra, que tendrá mas de 800 grabados de vistas, monumentos, trages, usos y costumbres de todos los paises del globo. Tambien estamos preparando y se anunciará muy pronto la publicacion de una

HISTORIA DEL PARTIDO CARLISTA

Y DE LA

ÚLTIMA GUERRA CIVIL.

Con retratos, mapas y documentos inéditos del mayor interés.

MADRID: 1852.—Establecimiento Tipográfico de Mellado.